El problema de España

José Luis Abellán

El sintagma “problema de España” es una expresión hecha y acuñada entre el fin del siglo XIX y principios del XX, que viene a identificarse con un estado general de decadencia del país al que pretende ponerse remedio. La llamada generación del 98 hace abundante uso de la expresión y orienta su producción literaria en deliberada respuesta al problema. Han sido numerosos los intentos de definirlo y caracterizarlo sin que se haya llegado a un acuerdo definitivo. Las consecuencias del problema son claras y evidentes: guerras civiles, exilios, marginaciones, todo ello, reiterado a lo largo de siglos. Desde este punto de vista la definición de un ilustre polígrafo Laín Entralgo es concluyente: “la dramática inhabilidad de los españoles, desde hace siglo y medio, para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social”.

A lo largo de muchos años de estudio y de preocupación he llegado a mis propias conclusiones sobre el tema. El llamado “problema de España” tiene su causa más remota y profunda en la propia constitución de la nación española, es decir, en los siglos en que se formó la personalidad nacional con ingredientes que hacían muy difícil la plena integración en la Edad Moderna. Entendemos por ésta un proyecto de secularización creciente en que los principios de inmanencia, racionalidad, autonomía estatal, cobran protagonismo; es lo que llamamos “modernidad”, extendida desde fines del siglo XV hasta la ruptura del *Ancien Régime*. Ahora bien, la modernidad española ha tenido un carácter muy distinto a la modernidad centro-europea, lo que se tradujo en siglos de divergencia y aislamiento, donde la incomunicación con el resto del continente ha dado la pauta. Es el fenómeno que el filósofo José Ortega y Gasset llamó muy gráficamente la “tibetanización” de España, vocablo con el que se caracteriza la cerrazón del país a la influencia de corrientes ajenas.

Hagamos, pues, un breve excurso a aquellos fecundos siglos medievales. A la caída del Imperio romano y las invasiones de visigodos, ostrogodos, y alanos, siguió la invasión árabe y la ocupación de la mayor parte de la Península por el Islam; se inicia entonces una lenta

resistencia mediante “reinos cristianos” que se constituyeron de forma autónoma. Surgen así monarquías feudales constituidas como tales que dieron expresión a la variedad y riqueza del territorio español.

Aunque, desde luego, hubo un proceso de fusión en el que la religión cristiana –frente al dominio árabe– tuvo una prioridad excepcional, las señas de identidad de los antiguos reinos –Asturias, León, Castilla, Navarra, Aragón– se mantuvieron incólumes. Se ha hablado de la “variedad regional” de España, lo que es un hecho evidente para el viajero que recorra los territorios peninsulares y que afecta de igual modo a las islas adyacentes, pero no se ha tenido en cuenta de modo suficiente el impacto político que ello ha tenido en nuestra historia. Recordemos que hasta fechas muy recientes se ha hablado de constitución de la unidad nacional a lo que fue un simple matrimonio entre Isabel, reina de Castilla, y Fernando, rey de Aragón, por mucho que estuvieran unidos con el rótulo de “Reyes Católicos”. La “catolicidad”, defendida por la Inquisición –única institución de alcance nacional–, era el único denominador común; en todo lo demás: leyes, tribunales, monedas, usos y costumbres, Castilla y Aragón eran distintos, como lo prueba el que para Castilla rigiera el *Fuero Juzgo*, mientras en Aragón la ley vigente eran los *Usatges*.

Es importante, con todo, destacar la decisiva función de la religión católica –señalada en el apodo anterior: Reyes Católicos– como factor de la unidad nacional, pues es ahí donde vamos a encontrar el primer obstáculo a la modernidad española, dada la peculiaridad que el catolicismo adquiere en el siglo XVI. El Concilio de Trento (1545–1563) establece las creencias de los fieles cristianos mediante una fijación dogmática que impide el libre examen como impulso a la libertad de pensamiento y de investigación, en clara oposición a lo que está ocurriendo en los países protestantes. Y así, la Inquisición, que había surgido como garantía de unidad nacional frente a los que quieren romperla, se convierte en coacción frente a la libertad de pensamiento; bajo el pretexto de mantener el orden católico, el Santo Oficio se convierte en máquina fiscalizadora del orbe mental de los españoles. Se impone así un “misoneísmo” generalizado, que huye de toda “novedad”, incluida la que un famoso clérigo llamó “peligrosa *novedad* de discurrir”.

Ahora bien, la actitud refractaria a la directriz de la modernidad, tuvo antes un carácter político que provenía de esa variedad de los reinos medievales a que aludí anteriormente. Al

efecto de examinar este aspecto, tenemos que remontarnos a la época en que España se constituye en Imperio con el advenimiento al trono de Carlos I de España y V de Alemania; había heredado el trono de España de la llamada Juana la Loca –hija de los Reyes Católicos– y la Corona imperial de Felipe el Hermoso, esposo de aquella y heredero del Sacro Romano Imperio Germánico. Los cuarenta años que permanece en el poder van a marcar definitivamente el destino de nuestra nación con algunas características que admiten cierta similitud con lo que luego fue el Imperio austro–húngaro. Bajo la corona imperial se amparan, con indudable libertad de ejercicio, pueblos muy diversos –gallegos, vascos, cántabros, castellanos, aragoneses, catalanes, etc.– que reclaman identidad cultural propia. A esta variedad se le quiso imponer el corsé nacional de una unidad política que no existía en la realidad.

Al producirse el cambio entre el siglo XVII y el XVIII, la dinastía austriaca se encontró sin descendencia, lo que provocó una guerra europea de sucesión de trece años de duración. En 1713, Philippe d'Anjou se hace cargo del trono de España con el nombre de Felipe V, lo que impulsó al extremo el modelo centralista y uniformador de la Monarquía francesa. Este nuevo arquetipo político rompió el esquema de la Monarquía austriaca y obligó a la realidad española –constreñida por ese aparato ortopédico– a convivir de mala manera con las tendencias naturales del país. El actual modelo de la España de las Autonomías ha salido al paso de una situación insostenible que parece estar teniendo éxito, aunque no sin problemas.

Sin embargo, no es ésta la única ni principal cuestión que ha actuado sobre el “problema de España”. España –mal encajada bajo la fórmula del estado–nación– vivió y se constituyó como organismo político durante el reinado del Emperador Carlos V que impuso un modelo de Imperio original y alejado de la concepción romana. Según ésta el Imperio es ante todo *dominium mundi* y, en consecuencia, el Emperador es señor del mundo; muy contraria es la opinión de Carlos V para quien el Imperio es *universitas christiana*, es decir, un ámbito de universalidad presidido por la religión del amor. En este sentido, se hace política en función de la religión, lo cual viene a ser contrario al marco político establecido como ideal de la modernidad por Maquiavelo. Para éste, el Príncipe gobierna según una “razón de Estado” para la cual la religión es un instrumento al servicio del poder, en otras palabras, un medio. La doctrina caroljina invierte los términos: la política debe estar al servicio de la religión, pues ésta es el fin y el medio es aquélla. Así se pronuncian todos los teóricos del español

“Estado de la Contrarreforma”, modelo político que frente al *Príncipe político* maquiavélico erige la doctrina del *Príncipe cristiano*. Esta teoría política es la defendida por la legión de antimaquiavelistas que surge en España durante el siglo XVII, encabezada por el gran escritor y diplomático Diego Saavedra Fajardo, que en sus *Empresas políticas o Idea de un príncipe político-cristiano*, elabora una doctrina en las antípodas de Maquiavelo y, por tanto, del modelo del “estado-nación”.

En consonancia con dicha doctrina, la política adecuada no puede ser la del Estado moderno –soberano, autónomo, independiente–, sino la del Imperio católico, marco político heredado de la famosa *universitas christiana*, liderada por el Emperador Carlos V, durante el tiempo que fue monarca de España. Esta orientación política fue consolidada por los herederos de aquel –Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II–, aunque ya no fuesen emperadores, sino simples “reyes de España”, encontrando su justificación en la acción española de *evangelización* americana. Una vez perdido el Imperio en Europa –tras la derrota en los Países Bajos–, queda América como máxima justificación de una orientación política imperial, vivida de espaldas a la *modernidad*. Desde este punto de vista, el Imperio, no sólo ha sido un elemento de justificación, sino un factor de distorsión y disfuncionalidad. Y ello, porque España, a pesar de todo, estaba en Europa, donde el modelo del Estado-nación imperaba, lo que le obligaba, al menos desde la perspectiva de las relaciones internacionales, a vivir dentro de una fórmula política, que no le era naturalmente propia.

Ésta es la tragedia de España en la Edad Moderna: verse obligada a vivir bajo una fórmula política –la del estado-nación– en la que íntimamente no creía. Sólo con la llegada de la Casa de Borbón (1700) empieza a ponerse remedio –supuestamente– a su situación. La firma del Tratado de Nueva Planta (1717) por Felipe V pone las bases de la orientación *regalista* de la Corona en oposición al anterior *ultramontanismo*; según el regalismo la autoridad del Rey en lo que se refiere a los asuntos nacionales está por encima de la del Papa, con lo cual se reafirma la soberanía real y se ponen las bases de una nueva orientación política más acorde con la modernidad, aunque ésta no acabase nunca de arraigar en España. La actitud psicológica del español medio no estaba preparada para este tipo de *modernidad*, donde se pierde de vista la perspectiva *universalista* que se había impuesto durante siglos. El hecho es que los españoles hemos vivido siempre la “modernidad” a contrapelo y con mala conciencia.

Esta convicción es la que maneja también Ortega y Gasset, dentro de una obra cuya tesis es la superación de la “modernidad”, basada, desde el punto de vista filosófico, en la afirmación de la subjetividad. He aquí, en gran parte, la explicación de las aporías señaladas ya en relación con la falta de “modernidad” de la cultura española, así como la vía de superación –“posmodernidad”– de dicho atraso. Las siguientes palabras de Ortega son suficientemente explícitas:

“Largos años de experiencia docente me han enseñado que es muy difícil a nuestros pueblos mediterráneos –y no por casualidad– hacerse cargo del carácter peculiar, único entre todas las demás cosas del universo, que constituye el pensamiento y la subjetividad. En cambio, a los hombres del Norte les es relativamente fácil y obvio. Y como la idea de la subjetividad es el principio básico de toda la Edad Moderna, conviene dejar al paso insinuado que su incompreensión es una de las razones por las cuales los pueblos mediterráneos no han sido nunca plenamente modernos. Cada época es como un clima donde predominan ciertos principios inspiradores y organizadores de la vida; cuando a un pueblo no le va ese clima se desinteresa de la vida, como una planta en atmósfera adversa se reduce a una mínima, o empleando un término deportivo, pierde “forma”. Esto ha acontecido durante la llamada Edad Moderna al pueblo español. Era el moderno un tipo de vida que no le interesaba, que no le iba. Contra esto no hay manera de luchar; sólo cabe esperar. Pero imaginen ustedes que esa idea de la subjetividad, raíz de la modernidad, fuese superada –que otra idea más profunda y firme la invalidase total o parcialmente–. Esto querría decir que comenzaba un nuevo clima –una nueva época–. Y como esta nueva época significa una contradicción de la anterior, de la modernidad, los pueblos maltrechos durante el tiempo moderno tendrían grandes probabilidades de resurgir en el tiempo nuevo. España acaso despertaría otra vez plenamente a la vida y a la historia. ¿Qué tal si uno de los resultados de este curso fuese convencernos de que pareja imaginación es ya un hecho –de que la idea de la subjetividad está superada por otra– que la modernidad –radicalmente– ha concluido?”.

Espero que sepan disculpar ustedes esta breve incursión en la filosofía, haciendo ver la profunda dimensión psicológica y hasta metafísica que tiene la falta de modernidad en España. No es éste, sin embargo, un análisis filosófico, sino de carácter histórico, sobre las dificultades que ha tenido nuestro país en su decurso político para incorporarse plenamente a la “modernidad”. Así al recuperar el hilo conductor de nuestro discurso, debemos señalar un

tercer obstáculo a la modernidad que ha cobrado vigencia precisamente en el transcurso de otra necesidad histórica: el paso a la “contemporaneidad”.

Es un hecho que en España no va a resultar fácil la sustitución de la Monarquía absoluta –propia del Antiguo Régimen– por una Monarquía constitucional, tal como se intentó con la Constitución de Cádiz en 1812. Al establecer (art. 12) la religión católica como religión oficial del Estado español, no se facilita la separación del Trono y del Altar, que viven en permanente connivencia. El Estado laico –o al menos, neutral– en cuestiones religiosas da lugar a un Estado confesional, de tal modo que éste viene a asumir la función política que antes ejercía la Inquisición. La mentalidad inquisitorial se mantiene soterrada bajo una apariencia de constitucionalidad. Sólo la Constitución de 1869 viene a disminuir esa función fiscalizadora, que desaparece definitivamente en la “non nata” Constitución de 1873; la Constitución de 1876, con la Restauración borbónica, vuelve a ejercer la misma pauta, aunque con algunos resquicios importantes que fueron hábilmente aprovechados por las minorías progresistas e ilustradas –llámense Krausistas, institucionistas, socialistas, etc.–.

Es cierto, por lo demás, que durante casi todo el siglo XIX se produjo una persistente presencia del absolutismo político, bajo la forma de *carlismo*. Este nombre se derivaba del de Carlos María Isidro de Borbón, hermano de Fernando VII, que defendió con las armas la opción absolutista frente al liberalismo representado por Isabel, hija del rey y heredera de la Corona. Este enfrentamiento se tradujo en guerras civiles que adquirieron carácter endémico durante todo el siglo: primera guerra (1833–39); segunda (1845–49); tercera (1872–76). La derrota militar no acaba con el movimiento que vuelve a reaparecer en otra guerra civil (1936–39), aunque el restablecimiento de la democracia en 1978 parece que lo ha dejado definitivamente fuera de juego.

El arraigo de la “contemporaneidad” va a hacerse posible durante el largo periodo de paz que va de 1885 a 1936, dentro del cual hay que destacar lo que ya es dado llamar “crisis de fin de siglo” (1897–1902), momento en que se produce un viraje histórico decisivo marcado por el protagonismo de la llamada generación del 98, también conocida como “de los intelectuales”, compuesta por hombres críticos del pasado imperial –Azorín, Baroja, Unamuno, Maeztu, Valle-Inclán, A. Machado–, que realizaron una obra de alto valor estético con un contenido iconoclasta. Quizá el mejor resumen del cambio que se produjo en esos

años lo ha hecho el historiador M. Tuñón de Lara con estas palabras:

“En ese medio siglo entró España verdaderamente en la contemporaneidad; su historia se protagonizó de manera más amplia y colectiva; se multiplicó la búsqueda de respuestas a una problemática distinta de la tradicional; el intelectual fue estableciendo mayores vínculos con la sociedad. El resultado es una obra creada como en muy raros periodos de nuestra historia se había producido. Pero hay más: en esa obra hay, más que nunca, una fracción importante que apunta hacia el porvenir”.

El “problema de España” ha estado vigente durante esos años en que la “contemporaneidad” se arraiga; en torno a él va a girar la actividad intelectual de los más altos representantes de la cultura española. *El Idearium español*, de Ángel Ganivet, la *Vida de don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno, las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega y Gasset, o *La Velada en Benicarló*, de Manuel Azaña, son intentos de plantear y solucionar el problema. El hecho es que esa actividad adquiere uno de sus rasgos definitorios en el uso del ensayo como género literario, que adquiere categoría de método filosófico propio de la cultura española, tal como acredita la lectura de los libros citados.

Un ejemplo de virulencia del “problema de España” y de su prolongación hasta tiempos muy recientes es la doble polémica que se produjo después de la guerra civil. Una de ellas, tuvo lugar fuera de España entre dos exiliados. Américo Castro, filólogo e historiador de la literatura, había incorporado al Centro de Estudios Históricos, la metodología filosófica inspirada en las doctrinas de Dilthey y de Ortega y Gasset, dentro de un historicismo que removía los cimientos del positivismo que caracterizaba aquella institución. El drama de la guerra civil fue el reactivo que le movió a poner aquel instrumental metodológico al servicio de una interpretación de la historia de España en la que cobraban protagonismo la difícil convivencia de “cristianos, moros y judíos” durante los siglos medievales; surge así su libro de ese nombre, que luego toma el definitivo de “*La realidad histórica de España*”, donde se acentúa la tesis de que España es un “ente histórico” forjado en el tiempo y con una identidad que se hace y rehace en el decurso histórico. A esa tesis respondió Claudio Sánchez Albornoz, otro republicano exiliado, con un grueso libro –dos volúmenes– titulado “*España, un enigma histórico*”; en él defiende lo provisional y aleatorio de la tesis de Américo Castro, proclamando la existencia de un *homo hispanus* de carácter secular y con una identidad en la

que el catolicismo resulta consustancial.

La virulenta polémica se prolongó lo que duró la vida de ambos, dándose el caso curioso de que en el interior de España se produjo otra polémica similar entre Rafael Calvo Serer que escribió un libro con el título de *“España sin problema”*, y Pedro Laín Entralgo que contestó con contundencia mediante otro libro de título inverso: *“España como problema”*. Aunque ambos eran católicos, y se mantenían dentro del marco político del régimen del General Franco, la disposición anímica era muy distinta. Calvo Serer pretendía patrimonializar la victoria de la guerra civil y hablaba claramente de “eliminar al discrepante”, mientras Laín Entralgo mantenía una disposición más tolerante y de clara raigambre liberal que apuntaba claramente a una “reconciliación nacional”; este último estaba, por supuesto, más cercano al historicismo de Américo Castro, aunque sin abandonar su adscripción católica. El acuerdo entre ambos, era, desde luego, imposible, como también lo fue, fuera de España, entre Castro y Sánchez Albornoz.

En cualquier caso, no deja de ser una paradoja que, siendo Sánchez Albornoz, un republicano vencido en la guerra civil, estuviese historiográficamente más próximo a Calvo Serer que a su compatriota del exilio, Américo Castro; ambos compartían la esencia católica de España como formando parte indisoluble de un “ser nacional”. Por lo demás, aunque el exiliado Castro estuviese más cercano al Laín Entralgo del interior, tampoco puede admitirse una plena identificación entre ambos, ya que, si bien los dos admiten el “ser histórico” de España, para Laín existe un “proyecto” secular e invariable de España como nación católica, mientras en Castro ese proyecto se halla indefinido y siempre abierto a la libre decisión del futuro por parte de los españoles.

El resultado final me parece que deja muy clara la *historicidad* del ente nacional y el rechazo a cualquier determinación “metafísica” del “ser” de España. España carece de un “ser” ontológicamente adscrito; al contrario, como *ente histórico* que es, está abierto a las determinaciones que quieran imponerle sus propios ciudadanos. Me parece que ésta es una conclusión hoy ampliamente admitida por los actuales habitantes del solar hispano, lo que permite el libre juego de las opiniones contrapuestas facilitando la convivencia nacional y el que, como consecuencia, el llamado “problema de España” deje ya de serlo en el presente y en el inmediato futuro.

Ahora bien, antes de terminar esta conferencia, me interesa volver al anuncio hecho por Ortega en 1930 de que la “modernidad” ha periclitado, porque si eso es así –y todos los indicios lo confirman– quiere decirse que el “problema de España” dejará de preocupar y ni siquiera de tener sentido. Habrá sido, en realidad, un pseudoproblema, derivado del hecho de haber tenido que esperar a una época idónea con nuestra forma de ser y donde el clima cultural sintonizara con la actitud española ante el mundo.

Si España no tuvo un acomodo fácil en la fórmula política del “Estado–nación”, precisamente ahora, que estamos embarcados en un proyecto supranacional de construcción europea, nuestro país puede encontrar el puesto en el mundo que dejó abandonado con la abdicación de Carlos V en 1556; no porque busquemos ningún destino imperial, lo que sería anacrónico, sino porque daremos proyección universalista a ideales y valores que hemos defendido siempre. Son ideales que se impusieron en los países de América Latina donde se habla el idioma castellano y que han dado lugar a lo que el historiador Rafael Altamira ha llamado la “civilización española”. Ello puede a su vez vincularse a las necesidades de una “globalización” que potencie la solidaridad –frente al egoísmo–, la redistribución equitativa de riquezas –frente a la apropiación codiciosa e indebida– y el amor fraterno –frente al odio cainita y xenófobo–. El viejo “humanismo español” cobraría una vigencia inédita en los pasados siglos, ayudando a colocar a “España en su sitio”.